FERNANDO DELGADO

EL HUIDO QUE LEYÓ SU ESQUELA

Planeta

Fernando Delgado

El huido que leyó su esquela

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Fernando Delgado, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: mayo de 2017
Depósito legal: B. 7.590-2017
ISBN: 978-84-08-17109-6
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Cayfosa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

I

UN MUNDO AJENO

Nada ha sucedido realmente hasta que se recuerda.

VIRGINIA WOOLF

Erica Baumann paseaba una tarde por París, sola, cuando se encontró con su amigo Jean Pierre y le presentó a un compañero. Ahora lo recuerda.

—*C'est un bon ami de l'Espagne* —dijo Jean Pierre señalando al hombre que le acompañaba.

—¿Español? ¿De dónde...? —le preguntó Erica al desconocido.

—En realidad, soy un muerto, *mademoiselle*, estoy enterrado en el Atlántico.

Se presentó como un muerto y rieron los dos, Jean Pierre y él, con la leve euforia de una borrachera incipiente.

Erica se resistió a reír, no entendía la broma.

Rieron mucho la ocurrencia, pero ella siguió empeñada en no reír; no tenía una risa fácil ni su sentido del humor fue nunca la mejor prueba de su talento.

—A los muertos se nos conoce como a los caballos, por los dientes —dijo el español.

No ha dejado nunca de bromear con eso de que él es un muerto y a veces un verdadero caballo.

—Me gusta mucho España —dijo Erica por decir algo.

—A mí, no —respondió él—. ¿España, España...? ¿Dónde está España...?

Ella le contestó que bajando, bajando, se llega siempre a los infiernos.

Charles repuso que los infiernos sí le eran muy conocidos, ya le había dicho que él era un muerto, aunque no le había precisado que era además un muerto malo, es decir, un muerto condenado, un meritorio habitante del infierno.

Cada vez que se declaraba muerto, y lo hacía con insistencia, volvían las carcajadas.

Aquella tarde del primer encuentro, Erica, a pesar del poco interés por ella que detectaba en principio en él, le preguntó, atrevida, si se verían de nuevo.

Pero él no fue muy sutil en aquel primer encuentro y se interesó poco por ella; le preguntó simplemente si era soltera o casada, y el tonto de Jean-Pierre respondió por Erica; dijo que era una monja, con lo cual el dichoso Charles siguió la chanza y con un «perdone, hermana» se evitó continuar la indagación.

«La verdad es que entre la gente del partido —piensa Erica— o eras una puta o una monja», y con la poca gracia que le hacían las monjas prefería pasar por una de ellas a que le metieran mano.

«Para mi madre, que me preguntaba en Berna a cada rato si yo tenía un hombre en París —recuerda Erica—, estaba más cerca de la puta que de la monja».

Pero Erica aparta de sí el recuerdo de su madre vi-

gilante, implacable en la imposición de sus costumbres, para seguir con la evocación del encuentro con Charles.

Su propio rostro, el de Erica —se recuerda a sí misma ante un espejo—, era redondito, redondito y vivaz. El rastro de la inocencia que los sobresaltos han ido apagándole con el tiempo le imprime ahora un aura que se vuelve irónica unas veces, ingenua otras, en sus ojos claros y pequeños; esforzados por sobresalir, si se pinta, con el subrayado del rímel. Cuando se arregla y la coquetería impone agilidad a su cabeza para otorgarle un movimiento que airea una melenilla rubia, cuidadosamente amaestrada con sus dedos, parece una muñeca que trasluzca la sana tersura en el rostro de la campesina de sus ancestros suizos.

Él, desde luego, no le hizo mucho caso, siempre más pendiente de sí mismo, de que Jean-Pierre le riera las gracias, que de ella; ninguno de los dos se ocupó de lo que quisiera tomar Erica; dijeron que a esas horas, y serían las siete de la tarde, lo tenía mal si no quería beber alcohol. Un modo de provocarla.

—Y beberéis alcohol como las indecentes —expresaba sus temores la madre de Erica por los comportamientos de su hija.

Aquella tarde les había pedido a Charles y a Jean Pierre un cigarrillo y lo encendió para mostrarse algo mundana o sencillamente por llamar la atención.

Lo pagó caro, creyó morir de tos. Acabó convertida, sin embargo, en una fumadora empedernida. Hasta el punto de que la señora Baumann percibió en ella su

aliento dominado por el tabaco y quedó convencida de que tenía en su hija a una viciosa.

—Andas como alelada —le reprochaba su madre cuando ella volvía a la casa familiar de Berna.

El señor Baumann le preguntaba entonces a su esposa, preocupado, si no le parecía muy atrevida la ropa de Erica, si era lógico que en Berna su hija vistiera como en París...

«A saber qué hace en París».

También a su madre le inquietaba mucho lo que pudiera hacer Erica en París con un hombre.

«Pasarás por camas que no son la tuya —se alarmaba la señora Baumann con enfado sin obtener respuesta de Erica, sin conseguir siquiera que su hija, impertérrita, se molestara porque su madre (calvinista ejerciente hasta el extremo) la diera por una perdida—. Algo has dejado en París... Podrías confiar en tu madre, hija...».

Se avergüenza Erica al recordar ahora que le dijo a Charles que tenía una bonita dentadura; se avergüenza porque no le parece propio piropear a un hombre cuando una lo acaba de conocer, pero le da más vergüenza aún que el piropo consistiera aquella vez en elogiar precisamente sus dientes.

Luego le ha repetido muchas veces a él que menos mal que rió en aquel momento porque el recuerdo que se llevó a su casa la tarde de París fue el de una risa, sobre todo; una risa que la conquistó, sí, una risa que daba confianza y por la que parecía que se entregaba a la gente.

Si él no hubiera reído aquella tarde quizá no estarían ahora juntos. Cuando se fue a su casa, lo que le

había quedado de Charles en el recuerdo, insiste, lo que la había cautivado, era su risa.

Pero lejos ahora de aquella tarde, Erica recuerda, en este momento de su desolación, de su desconcierto por la evolución de aquella risa (en realidad, por los cambios habidos en su relación con él desde entonces), el duro contraste de la risa de Charles con sus ojos.

Por sus ojos, que pasaban del verde al color miel según las luces, se encerraba en sí mismo, ponía un paredón al sentimiento, huidizos o vivaces los ojos de acuerdo con lo que pensara en ese momento o con el estado de ánimo que tuviera; se encerraba en sí mismo por los ojos, pero eran los ojos los que le delataban: ella veía reflejadas en sus ojos todas las borrascas, sobre todo las borrascas de la memoria que lo perseguían.

—Mi novio es un muerto —declaró al fin Erica a su madre, que no estaba para bromas.

—¿Te dedicas a coleccionar cadáveres? —le preguntó el señor Baumann a su hija.

Y sin que ella le contestara, añadió:

—No me extraña, estás loca.

Nada estaba claro para la señora Baumann en la relación de su hija con ese novio raro y sin porvenir que terminó trayendo a su ciudad.

—¡Un español! —exclamó por su parte Walter Baumann, nada más conoció la noticia del noviazgo de Erica.

—Nuestra hija no pudo elegir mejor: irse a París para volver con un español errante...

—Habrá dejado novia en España —especuló la señora Baumann—. O tal vez esté casado. ¿Qué sabes tú de su pasado, hija? Aunque, pensándolo bien —reflexionó en voz alta—, si está casado, mejor; eso impedirá que os caséis.

Lo único que dijo Erica entonces a sus padres fue que

no temieran por eso, que era ella la que no quería casarse. Ni con Charles ni con nadie.

Sin embargo, lo que le había propuesto a Charles cuando le ofreció llevárselo con ella a Berna fue lo contrario: el matrimonio.

—Muerto o no, habrá que darle un trabajo en casa —había decidido la señora Baumann, refiriéndose a que en la central ganadera que poseía la familia se le podría acoger, cuando consideró inevitable que su hija apareciera en Berna con Charles, dispuesta a que éste se quedara.

Pero Erica, ya con Charles en Berna, con su primer empleo de vulgar limpiacristales, no daba explicaciones o creía que se explicaba con sus padres encogiéndose de hombros simplemente.

—No lo puedes tener limpiando cristales en esta ciudad y exhibirte después con él por esas calles, presa de las murmuraciones y las sospechas, manchando el honor de esta familia. Irse a París —siguió la señora Baumann— para volver con un desgraciado; maestro, maestro, sí... ¿Me quieres decir para qué le sirve aquí a un español su título de maestro? Además, ¿has visto el título?

Y pasó el tiempo.

—¿Para cuándo el matrimonio? —preguntaba la señora Baumann con retintín.

—¿Quieres decirme qué busca ese hombre aquí? —preguntó por su parte el señor Baumann, severo y desconfiado.

Y luego concretó:

—¿Me quieres decir de qué huye? Siendo un español, ¿no crees que podría ser un fugado? ¿Puedo yo dar trabajo y cobijo a alguien que ha escapado de su país, a un enemigo del general Franco?

«Un amigo de Franco, no, desde luego», se dijo ella sin responder a su padre, aunque la culpa de que Charles y Erica no pudieran casarse la tenía para ella ese mundo propio y desconocido que Charles dejó atrás. El mundo del que venía el que llegara a ser su novio cuando ella pasaba aquella tarde por la Rue de la Pompe, en París, y su amigo Jean-Pierre la llamó desde un bar, *bon soir, bon soir*, y señaló al apuesto caballero que todavía se llamaba Carlos.

Jean-Pierre era amigo de Aldes, una vieja librera que acogió a Charles en Antiquariat desde su llegada a Berna. Empeñada en seducirlo cuando su también amigo Giorgio, un enloquecido comunista italiano, se lo envió a la librería con una carta de recomendación en la que lo presentaba como un maniático de los libros, Aldes supo en seguida de este hombre que tenía en común con las letras algo más de lo que pudiera parecer a primera vista: «Como casi todos los buenos libros —dijo, sintiéndose atraída por él—, encierra un enigma».

Esta convicción de Aldes, la de hallarse ante un hombre raro, podía más que su curiosidad, pero un hombre que busca refugio, desvalido, pensó ella que siendo español y enviándoselo Giorgio se trataría sin duda de un huido de Franco; lo mismo que llegó a recelar el señor Baumann. Así que se propuso no plantear remilgos al calor que le pudiera ofrecer una madre a su recomendado y tuvo que hacer el esfuerzo de rebuscar para hallar en la faltriquera de sus habilidades las pocas mañas de madre que poseía. Pero si la discreción de madre le aconsejaba no interesarse demasiado por los afectos de este nuevo hijo suyo, los deseos de mujer le recomendaban no mezclar esta vez una cosa con otra.

Aunque supuso siempre que huía de Franco, no le preguntó nunca de quién huía, por más que no hallara otra razón, insistía segura, para que Giorgio se lo recomendara; Giorgio era un animal político sin concesiones; seguro que este hombre que le enviaba huía de Franco, «esa bestia que no acaba de morirse».

De este modo le ahorró a él explicaciones y dio por sentado que cualquier comunicación con su pasado no sólo constituía un modo de relacionarse con un mundo ya imposible, ajeno y lejano, y en consecuencia inútil para él, dijo Aldes, sino que de empeñarse en seguir manteniendo relación con ese mundo correría el riesgo de ser descubierto y en consecuencia maltratado.

Lo suele llamar monsieur Pérez, por su apellido falso, no por su nombre de origen, pero esta vez lo llama familiarmente por su nombre falso, el de su falso pasaporte, el onomástico de uso común en su clandestinidad (Ángel, Ángel Pérez Navamuel).

Una llamada anónima inquietó a Erica durante algún tiempo por eso mismo:

—¿Se llama Charles verdaderamente? ¿Por qué le llama Charles? ¿No se llama Ángel?

La voz meliflua, difusa, inaprensible, esperaba un instante la contestación y ante el silencio colgaba.

Hasta que decidió Erica explicarle a la insistente e intrépida requirente que sí, se llama Ángel, que el nombre de Charles es tan sólo un modo cariñoso de llamar, que a todo hombre que una admite en su vida, le dijo, tiene derecho a cambiarle el nombre para que sea otro, nuevo, cercano, el elegido por una.

Sin ir más lejos, ella, de pequeña, se había hecho llamar Trudi en el colegio y lo mismo después en el partido. Charles la llamó Trudi durante algún tiempo.

—Extraño, ¿no?

—Pues sí, extraño.

No volvieron a molestarla, mejor así.

De no haberse explicado es posible que la interesada y anónima interpeladora hubiera llamado a la policía para exigirle una investigación sobre el falso nombre de Charles: dar a un suizo motivo de curiosidad por caprichos onomásticos puede conducir a un problema judicial por falsificación de identidades; «aunque esta vez con razón, las cosas como son; falso es su pasaporte», se dijo Erica, conociendo a los suyos. Los suyos son los suizos; los búhos, dice.